

“TAL VEZ LO QUE DESEABA ERA, SIMPLEMENTE, LO IM-  
POSIBLE”. PRESENCIA, AUSENCIA Y RESOLUCIÓN DE LA  
FALTA EN *FINISTERRE*, DE MARÍA ROSA LOJO

Leonardo Graná

Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales de la  
Universidad del Salvador, Argentina

*Introducción*

En 2005, a una década de su primera novela que explora el siglo XIX (*La pasión de los nómades*, 1994), María Rosa Lojo publica *Finisterre*, obra de fronteras y cautiverios en Tierra Adentro. Según la autora, esta novela es el cierre de un ciclo con el que intentó dar cuenta de cómo leer un pasado que contiene, en sus choques, en sus fricciones y en sus deseos, las marcas y las problemáticas que luego, de alguna u otra manera, enmarcarían el siglo XX (Lojo 1999, 8; Lojo 2006b, 151).

La obra de Lojo cubre, así, este modo de observar en sus ficciones la trama histórica a partir de una mirada contemporánea; también propone el camino inverso: observar el presente desde una mirada filtrada por el pasado.

Las siguientes páginas reflexionarán acerca del concepto de falta en relación con *Finisterre*, lo que nos permitirá pensar diferentes modos de resolución del conflicto identitario. En esta discusión, haremos uso de los conceptos de “ausencia” y de “pérdida” tal como los entiende el teórico estadounidense Dominick LaCapra en su in-

vestigación sobre los procesos traumáticos de los sobrevivientes del Holocausto.

La crítica destaca que la obra de María Rosa Lojo tiene como uno de sus proyectos plantear cuestiones identitarias en las que la historia, la genealogía y los procesos migratorios cumplen un rol destacado. La pregunta por la identidad, así, no proviene de incertidumbres atemporales, sino de biografías situadas que los personajes van desarrollando. Respecto de *Finisterre*, la investigadora Marcela Crespo Buiturón propone que busca la resolución del cuestionamiento presente en la narrativa de Lojo, cuestionamiento, justamente, “del concepto de identidad partiendo de ese lugar tan complejo en el que la autora ubica a sus personajes, que es el borde” (2008, 247). La misma María Rosa Lojo, en entrevistas y en artículos acerca de su propia obra, reconoce dichos intereses reflexivos. Este artículo tiene estos argumentos como sostén; su propósito extra es intentar observar cómo los personajes organizan sus prácticas y experiencias en torno a las identidades en conflicto. Gracias a la tensión entre “pérdida” y “ausencia”, podremos pensar cómo se construye una posible trascendencia positiva del conflicto mismo en la novela. Esta idea se apoya en la firme disolución de las polaridades identitarias que se observan en la obra de Lojo, aunque nuestro objetivo no es encontrar la acentuación del nivel de las identidades particulares, sino la instancia donde lo negativo de la disolución se invierte en algo positivo más allá de la negociación y la integración.

La novela *Finisterre* construye una tensa trama que anuda dos generaciones, tal como analiza Luesakul (2014, 237-67). En cada una de estas, aparecen las líneas de reflexión que María Rosa Lojo recorre desde sus obras tempranas (Crespo Buiturón 2008, 255-80). La primera generación es la de Rosalind Kildare Neira, quien en 1874 y desde Finisterre, en Galicia, escribe a la joven Elizabeth Armstrong su historia de cautiva en las pampas sudamericanas de los años rosistas, donde, de simple prisionera de un grupo de ranqueles bajo el mando del exiliado Manuel Baigorria, llegó a ser médica de la comunidad. También es la generación del padre de Elizabeth, Oliver Armstrong, cautivo junto con Rosalind. En

América, Oliver, una vez libre y luego de que muriera la madre nativa de su pequeña Elizabeth, la deja al cuidado de Rosalind, para hacer algunos negocios. La segunda generación es la representada, principalmente, por la hija de Oliver y por Frederick Barrymore, quien cumple los papeles de compañero, confidente, protector y eventualmente prometido de Elizabeth.

Los Armstrong viven en el londinense Kensington Gardens, y la muchacha apenas sabe de sus primeros tres años en el Río de la Plata. El misterio visible en torno al cual gira la novela es la identidad de su madre, en el sentido ostensivo del término; misterio que Rosalind, quien conoce el secreto, revelará epistolarmente a su debido tiempo. Sin embargo, el auténtico enigma por descubrir que mueve el ánimo de Elizabeth es otro tipo de identidad, más recóndita, que es la propia. Una vez conocida la historia de su nacimiento y primera crianza a cargo de Rosalind, en un fuerte criollo, Elizabeth decide partir hacia América, siguiendo un impulso más que un proyecto.

Las diversas biografías de ambas generaciones (aunque principalmente se materialice en la primera) se asientan sobre las experiencias fronterizas de emigración/inmigración, exilio y cautiverio. Cada uno de los personajes está atravesado por alguna combinación de estos derroteros. *Finisterre*, sin desatender ninguna experiencia, pone el acento dominante en la de los cautivos.

Las huellas del cautiverio están bastante presentes en nuestra literatura. Las escrituras de cautiverio, ante todo la vertiente ficticia, gozan de cierto despliegue (Operé 2012, 299-351; Pérez Gras 2014, 378-454), incluyendo el texto considerado fundacional, el poema “La cautiva” (1837), de Esteban Echeverría (Rotker 1999, 126-38). Sin embargo, los especialistas reconocen que no hay una cantidad interesante de documentos de primera mano, a pesar de que la presencia del cautiverio no haya sido escasa. Fernando Operé considera que el desinterés generalizado por cualquier relato de cautiverio se dio como consecuencia del mapa político inestable y de la cotidianidad de la experiencia, vista como un flagelo cuyos autores no debían tener la oportunidad potencial de cierta humani-

zación gracias a la narración del más allá de la frontera (2012, 189). Si nos concentramos en el cautiverio de mujeres, el silencio es casi completo, a tal punto que Lojo considera este ámbito como un “género inexistente” (Lojo 2006b, 148): solo algunas cartas escritas con fines inmediatos o circunstanciales (Pérez Gras 2014, 109; Rotker 1999, 182). En una entrevista televisiva, María Rosa Lojo recuerda, a propósito de *Finisterre*, que “así como hay relatos de varones que se fueron a los indios [o] que fueron cautivos (...), no hay relatos de cautivas de primera mano; [lo que hay] son relatos filtrados (Pérez Gras 2014, 407-29). Susana Rotker, entre otros estudiosos, reconoce en el horizonte existencial (atravesado por el analfabetismo y la marginalidad de clase) un obstáculo que puede dar cuenta de la poca presencia de documentación de este estilo. Lojo advierte también que las posibles relaciones sexuales con los aborígenes y la atracción erótica habrán jugado como tabú para la escritura de tales testimonios. Sin embargo, este breve corpus quizá esté invitando a investigaciones más exhaustivas.

En el siguiente apartado, presentaremos los conceptos de “ausencia” y de “pérdida” según las reflexiones de Dominick LaCapra. También abordaremos el concepto de “identidad” en aquellos puntos pertinentes para este artículo. En el cuerpo principal del artículo, analizaremos la figura de Rosalind Kildare Neira tal como se presenta en el largo relato de cautiverio que escribe, e intentaremos comprender las diferentes instancias y los quiebres biográficos a partir de los conceptos antes aludidos. Por último, nos detendremos a pensar si *Finisterre* presenta la biografía de Rosalind de modo preceptivo o, por el contrario, si la novela muestra una resolución múltiple de los procesos identitarios.

### *Pérdida, ausencia e identidad*

El concepto de “identidad” se nos presenta demasiado amplio y complejo, y cuesta encontrar su emplazamiento luego del *boom* reflexivo en torno a esta categoría en los estudios culturales en sentido amplio (Hall 2010, 13; Edwards 2009, 16). Para

esta investigación, nos centraremos, cuando sea pertinente, en el concepto de “identidad” a partir de dos ejes que algunas corrientes críticas fueron modelando: el diferencial y el discursivo (Currie 1998, 17-32). En el primer caso, la identidad surge como marca opositiva dentro de la estructura. El individuo se identifica gracias al concierto de otros grupos identitarios que no lo convocan como miembro (Young 1990, 43-8). La identificación exige la presencia del otro para poder constituirse, y este carácter relacional impide pensar que las identidades sean inmanentes. En esta presencia del otro, la interpelación puede resultar crucial (Butler 2002, 179-83). El argumento discursivo, por el contrario, propone que la identidad se forma a partir de los modos de narrar el pasado que concierne a su constitución; para un individuo, la identidad se manifiesta mediante la biografía que da cuenta de sí: el establecimiento de continuidad entre el sujeto de la enunciación y esa primera persona que se presenta como el agente, paciente y experimentante tenaz del enunciado (Ricoeur 2009, 997; Zahavi 2005, 107). Claro que esta identidad no es ingenuamente autónoma, ya que vale tanto lo que uno narre de sí como lo que los otros narren de uno. En el mundo de los enunciados, nada surge *ex nihilo* (Bajtín, 1999, 77), y, como dijimos antes, en la propia identificación, el carácter interpelativo del entorno es fundamental y fundante.

Para dar cuenta luego de los conceptos de “ausencia” y de “pérdida”, advertamos antes que nada que, a pesar del fuerte valor psicoanalítico que se le puede asignar a esta perspectiva, dichos valores están lejos de nuestros intereses (siguiendo el razonamiento de LaCapra 2005, 155) y también de nuestras posibilidades. Difícilmente diríamos que todo cuestionamiento identitario es necesariamente traumático en el sentido principal de dicho concepto en el campo psicoanalítico, pero sí podemos afirmar que es, al menos, un proceso de crisis (LaCapra 2005, 70) que lleva a una escisión. Dar una respuesta a este quién herido obliga a enunciar una biografía (incluyendo un campo de oposiciones) en la que la presencia del cuestionamiento organiza la narración de, como mínimo, una falta, la de la continuidad identitaria, que acecha el presente. Por eso, toda

narración de la identidad en cuestión se apuntala en la experiencia inevitablemente y quizá insistente de la diferencia negativa actual en relación con un pasado sentido —tal vez presentido— más colmado o más inocente.

Los personajes de *Finisterre* están movidos por una serie de despojos, mediante y contra los cuales buscan organizar una identificación coherente y sostenible (sin que esto signifique obligatoriamente que tal cosa sea posible). Demos algunos ejemplos. Rosalind recuerda su pasar cautivo en tierra nativa: “*Todos los días miraba el horizonte en busca de una fisura, una grieta, un pasaje fabuloso que me devolviera a Galicia*” (Lojo 2005, 110)\*. Luego escribe de Baigorria, el jefe de la comunidad aborígen, que “[t]ambián él, que había torcido mi destino, sumaba brutales desviaciones en el suyo propio, regiones y habitantes borrados para siempre” (Lojo 2005, 119). Y Elizabeth siente que “[t]odas sus madres —reales, sustitutas, literarias— se morían, callaban o desaparecían como espejismos” (98). La búsqueda identitaria en *Finisterre* tiene asiento justamente en esta negatividad experiencial, en esta sensación de falta. La identidad, ya sea desde el sesgo relacional o el narrativo, es, en las instancias más activas, un modo de elaborar los huecos que nos interpelan (para la relación entre la obra general de Lojo y la búsqueda de identidad, ver Crespo Buiturón 247-53).

La falta, como experiencia no indiferente, busca enfrentarse a la disparidad sentida respecto de cierta plenitud posible. Dominick LaCapra reflexiona sobre estos despojos según la diferencia entre la ausencia y la pérdida, aunque sin generar entre estos términos una polaridad absoluta ni desconocer que un mismo proceso puede ser un entramado de ambos. Según el autor, la disparidad entre un presente vacío y un pasado colmado puede darse por un proceso de pérdida, que siempre es específico y concreto (LaCapra 70): la muerte de un ser querido, el desplazamiento hacia una nueva

\* Cuando las citas de *Finisterre* se presentan en cursivas, es porque así están en el original. Esa es la marca diacrítica que identifica los textos epistolares en la novela

región, el ingreso a otra comunidad lingüística, el abandono de la fe, etc. Es claro que ante la pérdida no siempre es posible exigir o desear de modo realista la recuperación, pero sí tal vez algún tipo de restitución satisfactoria y vicaria. Por el contrario, la ausencia nos enfrenta a algo que no estuvo, ni está, ni estará. En este caso, la recuperación es contradictoria en sus propios términos; por eso, LaCapra busca no confundir ambos conceptos, ya que “no se puede perder lo que nunca se tuvo” (2005, 71). Experiencias de ausencia, según LaCapra, pueden ser el vacío de la divinidad, la caída primigenia, la expulsión de la naturaleza, la separación de la madre, etc. Ante estas, más que restitución el individuo debe procurar una aceptación; la ausencia “solo puede elaborarse en el sentido de aprender a convivir con ellas [tanto la ausencia como la angustia] y no convertirlas en una pérdida o falta” (2005, 85).

El autor, además, exige pensar la ausencia en términos transhistóricos (2005, 70), quizá por el hecho de que las ausencias históricas son rigurosamente infinitas, mientras que las transhistóricas tienen asidero en la psiquis y las estructuras culturales (aunque no habría que descartar el acecho real, ni teórico ni infinito, de las ausencias históricas). Como vemos, hay aquí por parte del teórico un postulado fuerte y discutible que eleva las ausencias anteriores por sobre la cultura particular.

La confusión entre ausencia y pérdida puede generar o bien una nostalgia ineficiente o una melancolía perpetua (2005, 68). Aunque los argumentos de LaCapra (principalmente volcados a la reflexión sobre el trauma de los sobrevivientes del Holocausto) procuran que la lucidez ante dichos conceptos evite más dolor, no parece ser definitorio el régimen clasificador entre pérdida y ausencia, en principio porque muchas veces una misma experiencia es ambas cosas en términos históricos y según cuál sea el perfil observado.

### *Rosalind en falta*

La biografía del personaje de Rosalind Kildare Neira está planteada a partir de varios desplazamientos. El primero de ellos

es experimentado en sus efectos: su padre tuvo que irse de Irlanda por cuestiones político-religiosas, y debió establecerse y formar familia en Galicia, donde Rosalind encuentra el eje principal desde el cual interpreta el mundo. Gracias a este primer desplazamiento, Rosalind nunca deja de nombrarse, además de hija de madre gallega, como hija de irlandés, aunque principalmente se identifica con la tierra de crianza. El segundo desplazamiento es el que realiza junto con su esposo a tierras americanas a principios de la década del treinta, en busca de un futuro más promisorio. Al cruzar tierra adentro, el tercer desplazamiento se produce por culpa del rapto y del cautiverio. Cada una de estas experiencias tiene un matiz que las diferencia entre sí con énfasis: la primera es una memoria transmitida, la segunda es un acto voluntario (más allá de los condicionamientos para la emigración), la tercera es un destino forzado. El último desplazamiento será el retorno a “[n]uestra *famélica Galicia*” (Lojo 2005, 34), lugar de establecimiento en su madurez y desde donde dirigirá las cartas a Elizabeth. Este regreso cierra el círculo de la biografía de Rosalind.

No es gratuito que en la compleja estructura ficcional de la novela, en la que todos los personajes tienen biografías de la pérdida y de la falta, sea Rosalind, es decir, el personaje más prominente, quien porte esta múltiple presencia del desplazamiento<sup>1</sup>. Como dijimos, Rosalind no deja de definir su identificación como doble, en principio: “¿Bárbaros como yo, irlandesa y gallega, para colmo?”, le dice al inglés Oliver Armstrong, futuro progenitor de Elizabeth (Lojo 2005, 134). Es decir, más allá de su nacimiento y crianza en Galicia, reconoce el doble linaje de sus padres; sin embargo, al nombrar a Irlanda, la considera la patria de su padre y no principalmente la propia. Así, creemos que la experiencia del exilio heredado (Crespo Buiturón 2008, 85-94; Lojo 2006 y 2006b) no la obliga al mandato del retorno.

*Finisterre* —y también la obra general de Lojo— se cuida de modo sensible e inteligente de elaborar prescripciones identitarias. En artículos y entrevistas, Lojo suele detenerse en diferentes manifestaciones de la patria. En una entrevista de los años noventa,



la autora responde: “Ahora no sabría qué decir: este país austral: la Argentina, no es mi patria (la tierra de los padres) aunque sea el lugar de mi nacimiento físico asentado en un documento de identidad” (Lojo 1993, 60). Aquí se muestra la polaridad y la resolución parcial e individual en relación con los orígenes. En otra entrevista, concedida a Horacio Salas, Lojo supera la posible tensión trascendiéndola o, mejor, arrojándola en un concepto de identidad más amplio. Ante el recuerdo de su padre que le decía que, antes que nada, ella era española y no argentina, Lojo repite las palabras de aquel: “Si hubieras nacido en la China, ¿qué? ¿Serías china?”. Y luego se responde en la entrevista: “Claro, yo me miraba al espejo y no había nada, ni piel amarilla ni ojos rasgados. Pero (...) si hubiera nacido en la China, hoy lo puedo decir con toda conciencia, claro que sería china. (...) Porque esa hubiera sido mi cultura” (“*Dar de nuevo*”). Y la cultura, por sus características envolventes, puede ofrecer como herramientas identitarias la idea de la patria en los dos sentidos aludidos al comienzo y, reflexivamente, también en este último.

Cuando la patria de los padres se vuelve ajena, puede transmitirse a la siguiente generación como memoria heredada (Pollak 2006, 34). Estos recuerdos y sus faltas no dejan de competir con la de la propia comunidad local —si es que difieren—, con lo que solo una reflexión atenta podría diferenciar con certeza qué es propio de cada espacio. En el caso de Rosalind, su identidad irlandesa vía paterna no parece haber producido heridas que hubiera que cerrar imperativamente mediante algún tipo de restitución. Sí podemos decir que la memoria de la generación anterior puede haber permitido en Rosalind una mayor sensibilidad ante sus propias experiencias de desplazamiento (ya sea voluntario, ya sea forzado), lo que le ayudará a observar con madurez y en profundidad el conflicto identitario que emerge en su biografía.

Sin precisar qué es esto de “lo irlandés” en Rosalind (posiblemente una lengua, una rivalidad, algunos afectos, una comprensión más profunda de las posiciones subalternas), su identificación la lleva a oponerse al inglés Oliver Armstrong en una discusión sobre los muertos y los exilios de cada familia en el conflicto entre

ambas naciones. En dicha discusión, Armstrong es preciso al mencionar que, para Rosalind, no es Irlanda sino Galicia el eje en torno al cual gira su identidad y, en América, su sensación de pérdida. Ante la denuncia de Rosalind de que su padre tuvo que exiliarse por el hostigamiento de ingleses y protestantes, Oliver Armstrong le responde: “*Pues gracias a eso usted nació en la bella Galicia, a la que tanto añora*” (Lojo 2005, 133). Aquí, Oliver enuncia al pasar lo que luego será parte del aprendizaje fundamental de Rosalind en tierra ranquel: todo desarraigo no es absolutamente negativo.

Por eso, la pérdida de la generación anterior, que puede pesar como falta en la trama familiar, no se ve impuesta como conflicto imperioso en la biografía de Rosalind: su deseo de retorno es otro, el retorno a Galicia y a su infancia, producto del segundo desplazamiento y el más importante, aunque no el más traumático ni el que le permita dar vuelta el argumento identitario.

Este segundo desplazamiento comenzará a sentirse como una falta cuando el retorno se vuelva imposible. Recordemos lo que escribe Rosalind en una de sus cartas citada anteriormente:

*Todos los días miraba el horizonte en busca de una fisura, una grieta, un pasaje fabuloso que me devolviera a Galicia. No ya a la bella ciudad de Santiago, donde me habían mandado al colegio de señoritas, sino a la aldea de los veranos y de mi primera crianza.* (Lojo 2005, 110)

Esta falta que siente el personaje posee cierta ambigüedad, y aquí puede enlazarse la pérdida y la ausencia. Si Rosalind busca el pasaje que la lleve a la aldea en la que pasó su infancia, la falta se presenta como pérdida. En cuanto tal, el conflicto se elabora en la obtención actual de algún estado que sea equivalente de modo satisfactorio al estado anterior faltante, incluso hasta el punto de afirmar en algunas circunstancias que se recuperó el anterior (LaCapra 2005, 80). Esta falta se cierra en la última parte de la novela, con el desplazamiento final de Rosalind a Europa y su asentamiento en las tierras añoradas.

Sin embargo, hay una segunda faceta en las palabras de Rosalind; si busca el pasaje que la lleve a la aldea tal como era en el pasado, la falta se presenta más difusa. Más allá de la obvia impo-

sibilidad de este tipo de regreso, el deseo es claro: inmediatamente después del texto citado, recuerda a su abuela y, páginas más adelante, “*desde el fondo de otra vida*”, a su abuelo (Lojo 2005, 152) y luego a su padre (153). Una vez que regresa a la aldea —es decir, al comenzar el proceso de restitución de la pérdida—, sube reiteradamente la montaña para encontrar las “*memorias de antes de nacer*”, encarnadas en la imagen de su madre cuando esta era niña (237). Escribe: “[Y]o iba a buscarla día tras día” (237), pero “*se esfumaba el reflejo de sus trenzas rojas, y su recuerdo volvía a ser una sombra*” (238). Si bien Rosalind logra religarse a la comunidad, es infructuosa esta búsqueda que, fuera de la literalidad, no deja de querer colmar un vacío. “*Nunca llego, nunca llegaré*”, afirma; luego, cuando trata de oír la voz de su madre en el bosque, reconoce que “[e]speraba, vanamente”. Y cada día se dice con obstinación: “*No importa (...). Si no es hoy será mañana. Vendré siempre*” (237-238).

Este relato es poético y está lleno de ambigüedades. Creemos que la búsqueda que se plantea no es exclusivamente una simbolización de la memoria heredada y cultural porque, de ser así, Rosalind no se enfrentaría al abismo y al silencio. Pero es difícil establecer una interpretación exacta. Desde una perspectiva psicoanalítica, puede considerarse adecuadamente como un *acting out* de la pérdida que busca encauzarse en duelo (LaCapra 2005, 86 y 156-157). Sin embargo, si unimos esta escena al deseo de retornar a la Galicia de su niñez, podemos considerar que estamos ante la experiencia subterránea de una ausencia, la de la imposibilidad de la permanencia. Desde este análisis, es legítimo pensar a *Finisterre* como parte de aquellas “formas de narrativa crítica y no totalizadora” en las que se despliega “el *acting out* y la elaboración de la ausencia” (LaCapra 2005, 87).

Según lo dicho, a veces no se puede distinguir con precisión si estamos ante un acto de ausencia o de pérdida, sobre todo cuando el texto literario promueve dicha dificultad. Los cruces entre uno y otro son los que LaCapra considera rectores de elaboraciones obstaculizadas. Junto con esta precaución, este teórico recomienda no presentar a las pérdidas “como meros avatares de alguna ausencia

o característica constitutiva de la existencia” (2005, 85). Es comprensible esta reflexión, porque ver la realidad como ejemplificación de leyes universales o transhistóricas puede falsear o bastardear la comprensión y las decisiones en torno a un acto histórico traumático. Sin embargo, si se logra sortear dicho peligro, no hay razón para rechazar relaciones y momentos epifánicos que la literatura, en nuestro caso, provoca con cierta insistencia.

En *Finisterre*, la pérdida no deja de tener una aureola de algo imposible. Que el pasado sea un despojo es propio de la condición temporal de la existencia; Rosalind lo enuncia con palabras sencillas pero profundas: “*Mi padre ha muerto. (...) Está muerto y no volveré a verlo en este mundo*” (Lojo 2005, 154). El pasado y el presente tienen relaciones que no son evidentes, y estas relaciones deben ser aprendidas. Por todo esto, Rosalind percibe la falta de modo complejo, a partir de un deseo en el que parecen convivir la negociación de lo perdido y la de lo ausente. Sin embargo, su resolución es positiva, ya que finalmente logra desligar lo restituible de lo que no lo es.

Luego de tres años decide irse de la casa materna: no es que esté descatando aquel deseo de regresar a la aldea ni la promesa de ese “[v]endré siempre”, sino que, tal vez aceptando que no se puede desandar el tiempo, sigue la ruta de las memorias de su madre (la aldea), de su padre (Santiago) y de las propias (Finisterre). Al realizar un desplazamiento interno y asentarse en Finisterre, un “*pueblito de pescadores*” (Lojo 2005, 241), vemos que la necesidad y la obligación de no permanecer en aquellos primeros sitios muestra también que la restitución de lo perdido no se da siempre de manera directa. Gracias a lo dicho, podemos comprender por qué Rosalind recuerda explícitamente que regresó a Galicia en la época que se publicaron los *Cantares gallegos* (1863), de Rosalía de Castro. En la larga carta de cautiverio, este dato sería, al menos, atípico y periférico, excepto que se perciba que la restitución de lo que Rosalind siente en falta se produce por vías más complejas.

De Finisterre, Rosalind escribe que “*en ningún lugar que no sea este me resulta posible escucharme a mí misma y desgranar el*

*relato de los días que pasaron como si fuese otra la que pudo vivirlos*” (Lojo 2005, 242). Las largas cartas que envía a Elizabeth Armstrong son un largo proceso de “escribirse” a sí misma (242), es decir, de construir una biografía de sí (ese otro ser enunciado en el que nos reconocemos) para dar cuenta de la complejidad de la propia identidad. Esto es prontamente comprendido por Elizabeth, porque al terminar de leer una carta trunca, sospecha que “[a]caso [Rosalind] había olvidado (...) que decía estar escribiendo para ella [Elizabeth]” (53). La larga biografía de Rosalind concluye en una sentencia breve y decantada, que resume todo un trayecto de búsqueda y comprensión: “[S]oy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte. (...) [S]oy dos. Soy las dos” (Lojo 2005, 243-44; ver Crespo Buiturón 2008, 277).

Refirámonos al tercer desplazamiento, que es el rapto de Rosalind y su vida entre nativos. Esta instancia es crucial para la biografía de este personaje, puesto que su comprensión final de que era “las dos” (Rosa/Rosalind y Pregunta Siempre) solo sucede gracias a esta experiencia americana.

Aquí, la pérdida es palpable y se hace carne. En la noche del malón, la misma lanza con la que muere su esposo posee tal ímpetu que atraviesa más allá del cuerpo del hombre y, con la punta, hiere el vientre de Rosalind. Así queda relatado el episodio en sus cartas: “*Mi marido me cubrió con su cuerpo, y su sangre me manchó las manos y el vientre. Supe, por el peso inerte, que estaba muerto, y sentí un dolor agudo en la pelvis. La misma lanza que lo traspasó me había tocado*” (Lojo 2005, 53). De esta manera, pierde al niño que estaba gestando y se vuelve estéril. En un solo gesto, Rosalind comienza su cautiverio desde una posición quebrada, sin esposo y sin hijo.

El personaje de Rosalind encuentra en el cautiverio, además, otra falta, que creemos que no es solo la de la amplia comunidad occidental. Por el contrario, Rosalind reconoce que ya no pisa un suelo estable en relación con su identidad. El trauma del cautiverio le abrió la puerta a la inevitable pregunta por su ser y no tiene manera de evadirse. Su respuesta será una entre muchas posibles,

aunque su temperamento y su socialización en un mundo tramado como múltiple (lo español, lo gallego y lo irlandés) la conmina a aceptar la amarga y forzada invitación a complejizar su identidad y el concepto de “identidad” en general. *Finisterre* contiene en su primera página la siguiente reflexión de Rosalind:

*Yo tuve que cruzar el océano, adquirir otra lengua, cambiar de trajes como si fueran los disfraces de un teatro o las caras desconocidas que aparecen en las transformaciones del sueño, para completar el camino.* (Lojo 2005, 11)

La teatralidad de los trajes que propone Rosalind manifiesta la intuición del personaje de que la estabilidad de las identidades puede perderse, quizá por su carácter de construcción, pero que, como sea, en el fondo de toda identidad no hay más que la ausencia de algo firme (Crespo Buiturón 2008, 237).

Cautiva, Rosalind experimenta una exacerbación de las identidades particulares según los ejes opositivos. Estas identidades son los “trajes” de la cita anterior, que, a pesar de su teatralidad profunda, no dejan de diferenciar seriamente a quien los porta. Por supuesto, el gran conflicto que se produce es entre cultura occidental/cultura ranquel. Pero Rosalind entablará relaciones con otros personajes en las que quedarán al desnudo polaridades en tensión. Ante la madrileña doña Ana, la oposición centro/periferia en tierra española (Madrid y Galicia) es evidente. Y el enfrentamiento entre identidad irlandesa e inglesa se presenta en diálogo y contacto con Oliver Armstrong. La constante negociación de las fronteras y los modos de establecer interacciones entre dichos marcos culturales es lo que le permite a Rosalind ir posicionándose, en su biografía, de modos no estancos a lo largo de los años.

Como reflexionamos antes, en tierras nativas será también donde Rosalind tendrá la oportunidad de pensar en Galicia como algo más que aquel lugar pobre del que había tenido que emigrar para intentar armar un futuro. Esta simultánea y confusa imagen espacial y temporal irá ganando terreno como objeto de deseo hasta que, en 1865 y ya libre, emprende el regreso a Europa.

Paradójicamente, la tierra nativa es el lugar en que las pérdidas conviven extrañamente con lo que se podrían llamar “ganancias”, solo para mantener la relación asociativa de las palabras. Por ejemplo, logra ascender en la sociedad indígena de mera cautiva a asistente del *machi* (brujo) y luego *machi* ella misma. Además, uno de los grandes aprendizajes de Rosalind es aquella verdad amarga que ya estaba prefigurada en las palabras de Oliver Armstrong, citadas antes: “*Pues gracias a eso [el exilio paterno] usted nació en la bella Galicia, a la que tanto añora*” (Lojo 2005, 133). Entre toda falta y todo dolor —incluso estos como causa—, es posible la emergencia de actos y experiencias que sostengan la vida, y ninguno anula al otro. Por eso, Rosalind, en medio de turbulencias políticas y guerras, puede encontrar sosiego en la relación erótica con Oliver:

*Fue tiempo de matanzas para los ranqueles de Manuel Baigorria: de ataque y de emboscadas, de fusilamiento de prisioneros en los cuarteles huincas, de fuga y de miseria. Para mí, sin embargo, fue también un tiempo de amor.* (Lojo 2005, 143)

El haber encontrado la realidad de la violencia en ambos lados del océano, entre todas las culturas —Rosalind escribe que las atrocidades son cometidas por “*tostados o pálidos*” (Lojo 2005, 136) indistintamente—, sumado a la falta de estabilidad identitaria y el reconocimiento de que no hay una experiencia positiva que no engendre la negativa y viceversa, todo esto lleva a que Rosalind concluya con una revelación mucho más trascendente, menos individual, que aquel importante “*soy las dos*”. Las últimas líneas de la novela, ocupadas por la carta final de Rosalind, dan cuenta de esta revelación.

La testigo Rosalind (“he visto” [138] y “he tocado” [244]) recuerda haber observado en su vida, ante todo, cuerpo humanos —sin distinciones— que sufrieron el golpe violento de la historia y de las identidades: abiertos, aplastados, quemados, hinchados, secos, violados, torturados, rotos, muertos (Lojo 2005, 244-45). Ante tanta violencia, la presencia de la gran falta emerge: “¿Qué vi? ¿Qué supe? ¿Qué entendí? ¿Que aunque haya Dios, triunfa el Infierno? ¿Que aunque no haya Dios, la vida es Infierno?” (244). Aquí la

biografía vacila en abismarse o no a la ausencia de la divinidad<sup>2</sup>. La falta de sosiego y de paz tiene como causa oscura la indiferencia de Dios o, tal vez, su inexistencia.

Pero hay algo diferente en la enumeración final de los cuerpos. Entre ellos, “[u]n cuerpo que nace en otra batalla, protegido por líquido, grasa y sangre. Una cabecita saliendo entre las piernas de una mujer” (Lojo 2005, 245). La elevación de la existencia a esta lucha perpetua entre muerte y vida, entre violencia ejercida por el ser humano y resistencia de la vida a perpetuarse, es el anillo general dentro del cual se encierran todas las experiencias anteriores. Además, esta es solo la penúltima imagen de la enumeración; la novela se cierra con otra. Dice Rosalind que también fue testigo de “[u]na potranca nueva, empapada, que se pone de pie sobre las patas torpes, huele el olor de su madre, relincha al mundo, levanta la cabeza” (245). Esta es la máxima trascendencia, la respuesta sin esperanzas a la interpelación de la gran ausencia: lo animal, por fuera de toda cultura y ciudadanía y frontera, es la imagen vulnerablemente victoriosa con la que se trata de compensar una biografía marcada por la falta y la distancia. Desde este espacio de comunión en que lo humano y sus identidades no se desvanecen pero sí se diluyen, lo vital en la tierra gana en su extraña positividad por sobre las particularidades y las violencias de las culturas. El cierre de la novela anula las oposiciones gracias al doble nacimiento (el niño y el animal) y busca pensar —sin mayor desarrollo— la posibilidad de una biografía nueva, común y no meramente antropocéntrica, desde la cual negociar el lugar del ser humano (este animal en problemas) en el cosmos.

En esta ampliación de la argumentación mediante anillos cada vez más arraigados en el ser es donde Lojo asienta su reflexión final, la trama que actúa de base y que busca dar cuenta de las grandes ausencias que Rosalind atisbó: la de Dios, la de las identidades, quizá la de la permanencia. Esta reflexión no es un planteo original, aunque sí se enuncia con intensidad poética: la potranca sobre la tierra. Y de esta tierra es de lo que versa una de las últimas enseñanzas



de Mira Más Lejos. Esta reflexión, que alude con un fundamental quiebre a Mateo 5. 45, dice así:

*¿No sale el sol y cae la lluvia para todos, aun para los malvados? (...) Ancha es esta tierra, nuestra madre y madre tuya. Para ti son sus dones. Cuando todos se mudan, ella queda, y su paciencia tampoco tiene fin. (244)*

Este anillo ulterior y universal, donde lo individual —lo humano, lo animal— logra sofrenar la caída libre en la que puede descubrirse, no borra en última instancia las identificaciones ni las culturas, aunque es el marco propicio para que Rosalind comprenda el juego en el que el ser humano compromete su existencia.

### *No un solo camino*

Ante las tensiones identitarias que logran una resolución en el personaje de Rosalind, la investigadora Marcela Crespo Buiturón, en su tesis sobre la obra de Lojo, recuerda que “estas cuestiones, si bien entablan un diálogo fluido con la sociología y la psicología, son, en todo momento, propuestas literarias que afectan esencialmente a la concepción y calificación de lo ficcional” (2008, 247) La observación es pertinente; al referirnos a LaCapra, nos habíamos alineado en esta postura. La dificultad radica en evitar armar una preceptiva y, al mismo tiempo, sostener la línea argumental y existencial que Lojo propone como reflexión en *Finisterre*. Este breve apartado intenta mostrar cómo la autora se cuida de instalar la biografía de Rosalind como normativa.

Que no haya un solo modo de resolver cómo y con qué identificarse se encuentra desarrollado extensamente en *Finisterre*. Cada personaje desarrolla un modo de comprender las identidades y de comprenderse, y en este consorcio de subjetividades irreducibles se pierde eficazmente la posible fuerza de una tesis sobre la elaboración de la identificación. Así, la novela se abre con una advertencia que nos invita a no creer que el derrotero de Rosalind es modélico. Hay quienes, escribe Rosalind, logran tener una existencia plena en un espacio cerrado, pequeño y, quizá, monocultural: “*una aldea,*

*una ciudad, un puñado de acres en tierra solariega*” (Lojo 2005, 11). Es decir, la pregunta por el buen vivir tampoco se responde unívocamente. Esta advertencia inicial intenta evitar la posible idea de que hay una jerarquía de existencias diferenciadas según la presencia o no de conflictos identitarios.

Sin embargo, la biografía de Rosalind se impone y puede llegar a opacar al resto a causa de su mayor desarrollo y complejidad. Esto sucede en parte por la centralidad de su presencia narrativa y por su focalización privilegiada. Este amplio desarrollo nos permite reconocer un extenso espectro de concepciones sobre la identidad. En su biografía observamos, por ejemplo, el alineamiento consciente de las tres identificaciones nombradas en el apartado anterior (la cultural, la de la sangre y la del suelo), pero también su perturbación, quizá debido a la madurez que estas experiencias provocaron en el personaje.

Al regresar a Galicia, Rosalind vuelve a relacionarse con la identidad respecto del suelo progenitor. Reproduzcamos más extensamente un párrafo ya citado: “*En la corteza del invierno el bosque ocultaba mis memorias de antes de nacer. (...). Era mi madre*” (237). Pero también con respecto del propio suelo: “*Ésa fue mi primera noche en la casa donde había nacido, un verano, cincuenta y un años atrás*” (236). Y también con respecto de la cultura, de la comunidad: “*Los pasos se me atrancaban en las huellas de los carros que las campesinas han llevado durante siglos a donde crecen los brotes de toxo*” (237).

Ahora bien, esta reflexión, que presenta una identidad que, en este caso, parece imperturbable, Rosalind la acompaña de manera casi inmediata con aquella que afirma que ella es, además, Pregunta Siempre, la cautiva que llegó a ser médica entre los nativos. “[S]oy dos. Soy las dos” (244), ya vimos que escribe en la última carta. Por todo esto, la biografía de Rosalind es, entre todas, de una complejidad destacable.

Demos un ejemplo contrastante. El personaje de Manuela Rosas, también de construcción eficaz, se opone tenazmente a esta ampliación identitaria, a pesar de comprender la posibilidad de di-

ferentes biografías. Cuando se entera del proyecto de Elizabeth de viajar a Sudamérica en busca de sus raíces, Manuela le conmina a aceptar la doble identidad, a reconocerse como “una india inglesa” (207). A pesar de ser quien le ofrezca a Elizabeth una clave similar a la de Rosalind de cómo generar marcos de interpretación en relación con su biografía, su postura es incólume a la herencia: “Pues yo estoy en otra tierra, donde han nacido mis hijos, y hasta me he disfrazado de inglesa”, dice en cierta tertulia (102). Aquí la identidad de sangre en sentido descendiente se ve palpitando en sordina. Pero lo importante es el “me he disfrazado” que se opone a aquel “*cambiar de trajes como si fueran disfraces*” de Rosalind. Para esta última todas son ropas ficticias; para Manuela, solo las de su estado actual.

No ahondaremos en otros ejemplos; solo diremos que una virtud de la novela es la polifonía de modos diversos de entender la identidad y de entenderse cada uno según observa su derrotero biográfico. Todos los personajes están firmes en su concepción de las identificaciones y, si se encuentran en duda, están firmes en ella. A pesar de que estos seres estén contruidos a partir del eje de la falta —un entrelazado de pérdidas y ausencias—, no hay una sola brocha con la que se colorean sus ideas, sino que exponen, cada uno, una amplia paleta de colores identitarios. Los personajes principales, Rosalind y Elizabeth, son flexibles y capaces de sensibilizarse ante los pequeños pliegues de la existencia; el resto defenderá diferentes grados de inercia o de ruptura en sus prácticas y experiencias. Pero no hay, ante tantas voces discordantes, un juicio narrativo que condene a algunos y absuelva a otros. Si bien Rosalind controla con su presencia el eje de la novela, en la exposición de su biografía se reconoce el mismo cuidado que, por ejemplo, en la de Manuela Rosas, la de Manuel Baigorria, la de Oliver Armstrong o la de Audrey Kent: el cuidado polifónico de dejar que cada personaje se exponga como núcleo de sentido autónomo (Bajtín, *Problemas* 16).

Y esta diversidad de visiones y resoluciones de la identidad se encuentra de modo explícito en la novela. En medio de la discusión entre Rosalind y Oliver, causada por la rivalidad histórica entre irlandeses e ingleses, este afirma que los irlandeses son papistas y,

encima, fanáticos. Rosalind le responde: “*Algunos papistas podrán ser fanáticos y algunos fanáticos podrán ser irlandeses. No es una combinación necesaria*” (133). Al negarse a concluir con alguna proposición universal, Rosalind no solo respeta las reglas del silogismo, sino que además bloquea cualquier determinismo. Retrospectivamente, Rosalind no acepta pautar ninguna biografía, en este caso la del pueblo de su padre, y esto afirma la flexibilidad que tiene al negociar sus propias posiciones culturales en un entorno que está aprendiendo a comprender. Tal disposición, ofrecida por el mismo personaje que podría ser la insignia existencial de la novela, nos obliga a no enjuiciar a todos los que pueblan *Finisterre* mediante el mismo rasero identitario. Ningún personaje se parece a Rosalind —y esto abulta sus privilegios dentro de la estructura de la novela—, pero, de hecho, ningún personaje se parece a ningún otro, y esta pluralidad biográfica es un acierto de la autora.

A pesar de esto, la novela apunta inevitablemente a un estadio universal, a una reflexión que no estalla simplemente en una miríada de posibilidades; también busca trascender las fuerzas intratextuales. Al fin del apartado anterior, habíamos encontrado una serie de instancias cada vez más amplias: lo individual, lo humano y lo animal/biológico. Y en este sentido, sí, Rosalind tiene la mirada privilegiada de quien completó el camino.

### *Conclusión*

A lo largo de las páginas anteriores, nos centramos en el personaje gallego-irlandés-ranquel de Rosalind Kildare Neira/Pregunta Siempre y en su largo relato de cautiverio. Nos concentramos en la problemática que anuda el tema de la falta con la pregunta por la identidad, y supusimos, siguiendo a Dominick LaCapra, que sería productivo diferenciar entre faltas a partir de la ausencia o de la pérdida. En esta trama de diferenciaciones, creemos que el derrotero existencial e identitario de Rosalind quedó resaltado en sus núcleos más evidentes. Pudimos observar que, además de las propias cuestiones biográficas que exigían algún tipo de duelo o restitución,

late en las reflexiones del personaje un abismo cuya elaboración es, según el planteo de lo ausente, imposible. Entre las pérdidas, los desplazamientos (ya sea como migrante, ya sea como exiliado) son prioritarios en la novela, y también la búsqueda de clausura. Por el contrario, con la ausencia hay que aprender a convivir, afirma La-Capra. *Finisterre*, en este sentido, ofrece una posible aceptación: el asentarse en la integración del humano en lo animal y lo universal, comprender el todo como trama mayor que sosiega la perspectiva humana. En *Finisterre* se podría haber planteado alguna otra respuesta: el olvido de la falta mediante la absorción en alguna identidad parroquial excluyente, la confianza y fe en una trascendencia religiosa, el imperturbable sostén de la ausencia como herida que ni cierra ni se desea que cierre (Jorge Luis Borges es nuestro mayor exponente de esta posición)... Sin embargo, la decisión narrativa fue ofrecer una tensa ataraxia de mirada profunda. Si decimos “tensa” es porque no solo se logró luego de un derrotero doloroso, sino porque también negoció con las identidades particulares en un difícil equilibrio que las sostuvo sin solidificarlas.

En próximas investigaciones, deberíamos reflexionar desde la misma perspectiva acerca de la figura de Elizabeth Armstrong. Por ser el otro personaje sobresaliente de la novela, el análisis debería ser productivo. En principio, habría que suponer que, a partir de la construcción polifónica de los personajes en *Finisterre*, los desplazamientos y las faltas de Elizabeth organizan posiciones diferentes y otros modos de enfrentarse a la pérdida y a la ausencia. Las particularidades de cada uno de estos dos personajes nos harían aventurar una conclusión acerca del final abierto de la biografía de Elizabeth. Además, siguiendo este mismo análisis, se podría confiar en que la comparación entre las estrategias narrativas en torno a estos dos personajes principales y los otros que organizan el texto nos permitiría ahondar en por qué se destacan Elizabeth y Rosalind por sobre el resto (o tal vez se pueda crear algún tipo de gradación entre los personajes). Como tercer eje de investigación, deberíamos ver si la conclusión existencial encontrada en *Finisterre* se sostiene, presenta otros aspectos o se rechaza en el resto de la obra de María Rosa Lojo.

Por último, consideramos pertinente preguntarnos en reflexiones siguientes por el carácter de literatura de cautiverio que presenta *Finisterre* y su relación con la falta de testimonios de primera mano de cautivas en nuestra historia. Al referirse a su novela, María Rosa Lojo escribió: “Es en esta peculiar correspondencia (...) [entre Rosalind y Elizabeth] donde se va conformando un género inexistente: la carta o relato ‘de cautiva’. (...). Las cartas (...) se sitúan, pues, en el lugar de lo ausente, del silencio y de lo silenciado, de lo que no se ha querido escuchar” (Lojo 2006b, 147). Más allá de la coincidencia o no del término, no deja de ser atractiva esta idea para continuar la investigación.

Para finalizar, ya que hablamos recién de los otros personajes que sostienen la trama de *Finisterre*, nos gustaría volver al título del trabajo, que propone una reflexión de Elizabeth sobre su padre: “Tal vez (...) deseaba ya pocas cosas, como casi todos los hombres que iban para viejos y que consideraban su vida una carta jugada. *Tal vez lo que deseaba era, simplemente, lo imposible*: cambiar los hechos de esa vida que lo habían llevado hasta allí” (96; las cursivas son nuestras). La presencia del artículo neutro ante el adjetivo “imposible” hace de esta frase marcada el mejor resumen de aquella sensación difusa que quisimos rastrear en la trama biográfica de Rosalind/Pregunta Siempre. No es que el objeto de deseo sea imposible, es decir, algo cuya concreción no tenga cabida por obstáculos contingentes. Por el contrario, el objeto mismo es esa imposibilidad buscada e inapresable. Y esto es, dentro del gran anillo del ser en el que un niño es parido y una potranca se alza sobre sus patas, lo que nos permite diferencialmente habitar el fin de la tierra, aquel “*límite del mundo familiar [y] de la realidad que creemos conocer*” (11). En otras palabras, aquel espacio en el cual tenemos el ímpetu de contarnos y de escribirnos.

### Notas

- 1 Rosalind es uno de los dos personajes que, en conjunto, portan el protagonismo (el otro es Elizabeth Armstrong). Es el personaje más prominente,

primero, por la distribución acaparadora de sus apartados, los cuales, además, dominan momentos estratégicos de la estructura de la novela: el centro (desde la página 105 hasta la 200, en las que no hay narración sobre Elizabeth) y el fin (desde la página 227 hasta el cierre de la obra, 45 páginas más adelante). Segundo, la serie de cartas presenta una posible autonomía en relación con la historia de Elizabeth, aunque esto no es reversible. Tercero, el título mismo se centra tanto geográfica como simbólicamente en un espacio privilegiado en la biografía de Rosalind. Por último, Lojo presenta esta novela como literatura de cuativerio, y son las cartas de Rosalind las que sostienen la posibilidad del género.

- 2 En la primera entrevista entre Rosalind y Oliver entre ranqueles, este último expone, con más ironía que ingenuidad, una reflexión sobre la pérdida de la gracia: “*Me parece que con estos desiertos Dios tiene muy poco contacto, aunque aquí griten para llamarlo a cada rato*” (86).

### *Referencias bibliográficas*

- Bajtín, Mijaíl. 1988. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México D. F.: FCE.
- Bajtín, Mijaíl. 1999. *Estética de la creación verbal*. México D. F.: FCE.
- Butler, Judith. 2002. *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.
- Chikiar Bauer, Irene. 2014. “Entrevista a María Rosa Lojo”. Acceso el 29 de junio de 2014. <<https://www.youtube.com/watch?v=oCzI-GxCgHc>>.
- Crespo Buiturón, Marcela. 2008. *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Acceso el 15 de septiembre de 2014. <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc086p8>>.
- Currie, Mark. 1998. *Postmodern Narrative Theory*. New York: Palgrave Macmillan.
- Edwards, John. 2009. *Language and Identity*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Hall, Stuart. 2010. *Sin garantías*. Popayán: Envión.

- LaCapra, Dominick. 2005. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lojo, María Rosa. 1993. "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la Posguerra". *Revista del Hogar Gallego para Ancianos* (s/f): 60.
- Lojo, María Rosa. 1999. "Historia y ficción en la novela argentina contemporánea". En *Literatura: espacio de contactos culturales*. Tucumán: Comunicarte Editorial.
- Lojo, María Rosa. 2006. "Mínima autobiografía de una 'exiliada hija'". <<http://www.almargen.com.ar/sitio/seccion/literatura/lojo/>>.
- Lojo, María Rosa. 2005. *Finisterre*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Lojo, María Rosa. 2006. "Traducción y reescritura. A propósito de *Finisterre*". *El hilo de la fábula* 6: 142-156.
- Luesakul, Pasuree. 2014. *La visión de los "otros": mujer, historia y poder en la narrativa de María Rosa Lojo*. Repositorio Documental Gredos. <<http://gredos.usal.es/jspui/handle/10366/121381>>.
- Operé, Fernando. 2012. *Historias de la frontera. El cautiverio en la América Hispánica*. Buenos Aires: Corregidor.
- Pérez Gras, María Laura. 2014. *Relatos de cautiverio: El legado de tres cautivos de los indios de Argentina del siglo XIX*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczg8f7>>.
- Pollak, Michael. 2006. *Memoria, olvido, silencio*. La Plata: Al Margen.
- Ricoeur, Paul. 2009. *Tiempo y narración III*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rotker, Susana. 1999. *Cautivas*. Buenos Aires: Ariel.
- Salas, Horacio. "Programa *Dar de Nuevo*. Ma. Rosa Lojo". Acceso el 29 de junio de 2014. <<https://www.youtube.com/watch?v=WQOY36Ouq9Y>>.
- Young, Iris Marion. 1990. *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.



Zahavi, Dan. 2005. *Subjectivity and Selfhood*. Massachusetts: MIT Press.